

## La presunción teológica

Horacio González

Habría una presencia teológica en el pensamiento último de Héctor Schmucler, en el sentido de apuntar tácitamente a lo religioso. Ese minúsculo momento en que se quiere hacer énfasis en una revisión de lo sucedido en un pasado que se revela como un texto que se debe rechazar, porque sostenía imperfectamente una creencia. Sabemos que una vida, en su voraz itinerario, siempre quiere sostenerse en una creencia, y a veces llega el momento en que las que se tenía invitan a la revisión. Pero es una invitación que no sucede de cualquier manera, pues la puerta a la terrible indagación la abren eventos que no debieron suceder de ese modo, y sin embargo están allí, como un acontecimiento imprevisto que sacude el árbol de las convicciones previas.

El sesgo superior del conocimiento humano es la fidelidad a una constancia en el pensar que sea capaz de sostener la lengua en su probable –nunca lo sabremos–, autenticidad. Cada panorama que nos damos como un arte de conveniencia en nuestro pensar, sabemos que está amenazado por grandes desafíos y torbellinos. No pensamos por conveniencia, pero no sabemos cuál es el punto de ajuste entre lo que convenimos en declarar nuestra disposición pensante y las ráfagas inesperadas que desmantela esa conveniencia. El convenir no es un útil sino lo que somos y por lo que se nos conoce, por lo tanto es lo que conocemos en la medida en que estamos capacitados para decirlo y que se nos juzgue por ello. El Toto es uno de los tantos, de los miles y miles, que averiguó en sí mismo un aviso crucial de que debía desprenderse de un tejido ya establecido de cosas, referidas enteramente al curso de una historia. Esa averiguación interna, dispuesta para tornar en una caducidad lo que en un momento anterior se creía entero, puede ser una visión que contenga un punto de religiosidad, solo un punto, no una religión con sus instrumentos y rituales.

¿Era Toto Schmucler un religioso, un converso? No, era una conciencia que se preparaba para elaborar, al margen de lo que el saber dialéctico le hubiera proporcionado con mayor facilidad, un reversiona-

miento del pasado revolucionario del que se sentía partícipe. No hubo quien no lo hiciera, pero el Toto no consultó todo aquello que los paneles cambiantes de un tiempo histórico nos van permitiendo hacer o decir, conforme se vayan presentando las «fuerzas» o las «razones objetivas». Pero eso, los cambios de los que dispone el ser dialéctico, no son los que invocó el Toto, sino que llamó para sí al pigmento espiritual, ese auxilio que la mística o el pensamiento espiritual que permite cancelar un momento del pasado con una iluminación repentina. Que en ello haya una estructura de culpa, por así decirlo, es lo que justifica apartar de repente –sin importar el tiempo que eso insuma– un conjunto de convicciones sobre la revolución que no se ajustaban a su propia promesa. Poner ese verdadero motor oculto de la autoreflexión, la culpa, en el papel de primer actor en vez de reservarla para planos recónditos muy separados de la argumentación pública, significa un acto filosófico y autobiográfico de enorme dimensión. Quizás toda religión se resuma en el lugar que le disponemos a la culpa como compañera de los credos, que cambia totalmente si la hacemos visible, rondando sobre ella voluntariamente, o la dejamos sumergida para que interfiera en la continuidad de nuestro yo argumental.

Si en la revolución se proponía una cierta sacralidad no declarada por la cual los fines últimos que ella implicaba justificaba determinados usos de la violencia, ahora era la dimensión sagrada que se escapaba de ella, para refugiarse en su crítica. Lo sagrado entendido como elemento no explicitado de las éticas revolucionarias –entiéndase, una sacralidad laica–, ahora se desplazaba, pero no de manera oculta, a la crítica de la revolución. En el mejor de los casos para declararla una melancolía y estudiarla como un paso mítico que daba dolor contemplar como un teatro de marionetas que se movían igual que si el soplo de la historia que les correspondía, los estuviera todavía acompañando. Escribía el Toto, hacia mediados de los años 90, que *«la revolución ha sido y tal vez siga siendo la encarnación cotidiana de una construcción metafísica. Existe antes de ser historia. Su razón enraíza en certezas indemostrables: verdades inmanentes alojadas en categorías igualmente metafísicas tales como «pueblo» o «clase». La «voluntad general» rousseauiana es tan caprichosa como las «leyes de la historia» consagradas por el marxismo. En ellas se santificaron los derechos esgrimidos por los revolucionarios que se proclamaron representantes de los oprimidos. Las revoluciones, que no pueden prescindir de ser arbitrarias, nunca fueron iniciadas por los humillados mismos. Les basta con ocupar el lugar de lo sagrado; la revolución pretende ser el relato secularizado de los*

*tiempos. Se afirma como absoluto: alfa y omega, origen y llegada. La Revolución Francesa, la Revolución por antonomasia, se nutre en la «voluntad general» e inventó el Terror en nombre de su trascendencia fundadora».*

Pensemos no más que estos párrafos llegan más lejos que las especulaciones de *Humanismo y Terror*, que Merleau Ponty escribiera en los años 50, a la sazón traducidas por León Rozitchner al castellano. Pero aquí el terror es un paradigma de la ambigüedad de la política y no cuesta trabajo percibir que está tratado así por convenir de ese modo, a la propia economía de la prosa del eminente filósofo francés. El terrorismo revolucionario se mueve en la ambigüedad, en efecto, del personaje que quiere cambiar el mundo a través de la violencia, de la cual es hijo y ante la cual también sucumbe. En los juicios de 1937 en Moscú, un Bujarín -o el personaje de Koestler-, podían preferir inculparse de un delito que no hicieron con tal de no declarar lo que íntimamente consideraban atrocidad, que de ser dichas, podrían justificarlos éticamente, pero al costo de perjudicar a la revolución. Toto hace derivar el terror del trascendentalismo absolutista de la posición revolucionaria.

La conducta metafísica, juzgaría Héctor Schmucler, pone el material revolucionario como una fuerza fija que antecede a la historia, por lo cual el crítico se supone que es más historicista que los propios revolucionarios que se amparan en arquetipos creados por una lengua artificial. No obstante, en la crítica a la metafísica revolucionaria, el historicismo radical también sucumbe al unísono. Si Schmucler juzga la Metafísica como un grado inferior a la historia, también la Historia es una sobreactuación de la historia, que es un alambique que filtra a la comunicación y deja de ella lo que queda después de la crítica al dominio que ejercen los que postulan la transparencia comunicativa, oficiantes de una tecnocracia cultural que codifica la memoria, disecándola. Por eso también el Toto se ocupó de la memoria de la revolución. El Toto antepone entonces la metafísica revolucionaria a la historia en su facticidad. Debe hacerlo sin transfigurarse en un historicista. Pero también manteniendo una sacralidad que en verdad, luego de develado el misterio revolucionario, debe otorgarse al pensador que desea reconciliarse con un humanismo despojado de mitos heroicos, y criticarlo hondamente por la equiparación de hecho que hacen los militantes revolucionarios –sean de 1789 o de 1917– entre la revolución y lo sacro convertido en «socialismo heroico». Apresuradas formas sinónimas dejaban lugar para el empleo del terror.

No podemos sino sorprendernos por el hecho de que la revolución, para quedar en vigencia como ley social, debe declararse sagrada, mientras que el que descubre ese dudoso juego con la legitimación de la ley del revolucionario, debe conservar luego lo sagrado, pero sin revolución. Lo ungido por esta nueva sacralidad es la cotidianeidad misma, una historia sin sentido autoproclamado ni con fines trazados en cartas prefiguradas por profetas que se creen infundidos por un mandato realista que proponen los humillados, pero en verdad es servido a éstos en las bandejas del manjar revolucionario que los propios revolucionarios definiéron, «desde fuera de la clase trabajadora», como pronunció Lenin en 1903.

Es así que, si seguimos leyendo a Héctor Schmucler, encontramos párrafos como estos, donde la función sustituta del revolucionario hace la veces de una *ecclesia* basada en un a priori creada por ella misma pero que disimula que ha extraído de las napas profundas del propio conglomerado social.»*La revolución inventa al pueblo pero cree emanar de él. Lo contempla como actor, parece doblarse a su voluntad, a sus deseos y sólo contempla un fantasma. El único actor, en realidad, es el revolucionario: el que descifra los signos, el que se sabe elegido, el que se siente agente de designios que lo atraviesan. El revolucionario se considera inocente porque la moral ya viene inscrita en la historia. De allí su seguridad; también su desesperación. La Revolución ha suplantado a la Iglesia y, por los mismos temores, proclama idéntica sospecha hacia lo místico. Afirma rituales en vez de cultivar el misterio. Con las alegorías de la exterioridad sustenta el poder, impone la intermediación de sus códigos. La inmediatez del misterio no exige mediaciones. El revolucionario actúa como profeta pero no acepta que lo es y por eso no cree en Dios».*

El revolucionario se basaría entonces en una creencia ya demostrada, que incluye en su propio cuerpo decir que es del pueblo de donde ha emanado. Schmucler ve aquí un acto místico que también se le debe expropiar a los revolucionarios que tan malamente lo tratan. Es más místico el que, habiendo pasado por esas franjas de la historia pasada, ahora las ve apócrifas de mística real, por lo que intenta preservar un resto espiritual en la vida del crítico de la gran leyenda revolucionaria, transformando la condición mística por la que se atravesó como vástago de la revolución, en una mística de la memoria –que la fragiliza, como debe ser, porque es el último bastión de la tolerancia para juzgar lo que fuimos–, y en una crítica al comunicacionalismo, que se yergue ahora como lo que hereda a los tiempos revolucionarios para presentarlos como

trastos viejos, ya agotados en el gabinete del profesional de la melancolía, puesta en la lupa del investigador de las ideas.

De la crítica literaria en *Los Libros* y en *Pasado y presente* a la crítica a las revoluciones, Héctor Toto Schmucler fu descubriendo, para fundar un humanismo crítico (es decir: una memoria de la fragilidad de lo humano sin otra cualidad que su débil memoria), que las revoluciones encerraban un principio inconsecuente de violencia originaria, pero tentó extraer de ellas el aura iniciática, el intento de pensar la espiritualización de la materia. Y todo ello como práctica personal, como militancia en el cuidado del su sí mismo en el resuello de la culpabilidad. Todo carácter que forja una persona que intenta la tarea de abandonar una peladura anterior, nunca es perfecta, es una pasión que mira detrás de sus gafas de molde grueso entre la serenidad triste y la silenciosa alegría.